

## HISTORIA DEL LAICADO DOMINICANO

**Richard Weber, O.P.**

En 1974, en el séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino, escribí una reseña titulada: “Ojeada Dominicana Moderna a su Patrón Pasado de Moda”. Si bien quería que el título fuera gracioso, la intención era muy seria: que santo Tomás y no el “Tomismo” es la herencia valiosa de los Dominicos y el modelo para los teólogos

La publicación de esa charla en *Challenge*, provocó, sin embargo, algunos comentarios. Un director Dominicano puso en guardia a su capítulo diciendo que tuvieran cuidado con el “listillo, jóvenes Dominicos”; quien “ataca” hoy a santo Tomás, les advirtió, pronto estará “atacando” a santo Domingo.

Este artículo se basa en una charla que di al Consejo Provincial del Laicado Dominicano. La aceptación de esta tesis me ha animado a preparar su publicación. Pero siento que “los que lean sin reflexionar” puedan malinterpretar este artículo. Algunos pueden pensar que en él se “ataca” a santo Domingo, nada más que porque me siento en la obligación de afirmar que santo Domingo no fundó directamente él la Tercera Orden.

De ninguna manera es esta afirmación una desaprobación de tipo iconoclasta; no pretendo escandalizar a nadie desempeñando el papel de crítico destructivo. La verdad –veritas—es el lema de nuestra Orden; es una guía mucho mejor que cualquier leyenda, por muy piadosa que ésta sea. Mi intención no es hacer que la Tercera Orden sea menos “Dominicana”, sino más bien mostrar todo lo Dominicana que es en esencia. Mi estimación por la Tercera Orden se ha profundizado al examinar su historia. Presento este documento a mis hermanos y hermanas Dominicos con la esperanza de que les ayude a ellos también a profundizar su amor por nuestra Orden.

### **Los Comienzos**

Los historiadores tienen la obligación de descubrir de qué forma se realizaron las cosas. Esta tarea, muchas veces, los convierte en socios poco gratos. En el siglo XIX, el Cardenal Manning declaró que “apelar a la historia es traicionar a la Iglesia”. Pero en el siglo XX, Hubert Jedin escribió que “sin el conocimiento de la historia, es imposible el amor depurado hacia la Iglesia”. Gratos o no, los historiadores deben empezar su tarea. En esto han desarrollado una costumbre molesta. Sienten una fuerza que los obliga a irse muy atrás en el comienzo de sus historias. Por ejemplo, John Tracy Ellis, al escribir sobre los católicos en la América colonial, empezaba con el emperador Constantino en 312 d.C.

Por este motivo, no sorprende que la “historia” de la Tercera Orden no empezara en 1285, cuando el Maestro General Munio de Zamora promulgó oficialmente la Regla, ni tampoco en los primeros años del siglo XIII, cuando santo Domingo vivía y trabajaba. La “historia” de la Tercera Orden comienza muchas décadas antes de eso. Para entender lo que es la Tercera Orden y de dónde procede, debemos observar a la Iglesia de la Edad Media y a la sociedad en la que se desempeñó.

Por lo menos durante un siglo y medio, las ideas románticas de la Edad Media han coloreado los conceptos que teníamos de las realidades de aquellos tiempos. Dichos tales como “El Trece, el Mayor de los Siglos” ya no cabe en un debate serio. La sociedad medieval era compleja. No eran los “mejores de todos los tiempos”; en realidad, muchas personas del Medioevo pensaban que eran los peores. Vicente de Beauvais, que escribía a mediados del siglo XIII, declaraba que el fin vendría muy pronto porque el mundo no podía ser más pecador que lo era entonces.

Sin embargo, aunque la imagen de la Edad Media como “Edad de la Fe” sea exagerada, es innegable que algunas actitudes e ideales cristianos ayudaban a formar las vidas de mucha gente y a influir en la sociedad. Una de estas ideas era la de *creatio* (creación). Este mundo pertenecía a Dios; aunque los hombres se rebelaran contra la ley de Dios, la idea divina impregnaba e informaba el pensamiento tanto de los santos como de los pecadores que andaban por el mundo. Una segunda actitud era la de *peregrinatio* (peregrinación). Se concebía la vida como un viaje por este mundo de lágrimas y sufrimientos hacia uno mejor, más allá de la muerte. Nuestra conducta en este viaje era de la mayor importancia.

Uno de los conceptos más importantes era el del *ordo* (orden). Todo lo que compone el universo ha sido concebido de acuerdo con un plan divino. Los cielos marchan siguiendo las órdenes de Dios; de igual modo la tierra, también, marcha según Sus planes. También existe un orden en la sociedad y en los asuntos humanos. Estos varios “órdenes” están relacionados entre sí; se reflejan recíprocamente. El macrocosmos, el universo, está equiparado con el microcosmos: el hombre. La sociedad debe exhibir este orden.

¿Cómo se aplicaban, en la práctica, estos conceptos y actitudes? Los hombres de la Edad Media se enfrentaban con enormes problemas para ajustar el concepto cristiano de vida con las exigencias insolubles que presentaba la existencia cotidiana. La mayoría todavía vivía en el campo, en una sociedad agrícola. Los pueblos estaban aislados y eran pobres; la gente carecía de educación. El clero rural, igual que las personas a las cuales servía, era rústico e ignorante. En esta sociedad, el liderazgo era privilegio de la nobleza feudal. Aquellos caballeros, que las novelas románticas y las películas presentan como audaces modelos caballerescos de todas las virtudes, en realidad, a menudo, no eran más que un conjunto de rufianes: mafiosos con armadura que moraban en viviendas insalubres, llenas de corrientes de aire, construidas con piedra y madera.

## **Los Problemas**

Sin embargo, en el siglo XI, el estancamiento propio de la alta Edad Media con sus rutinas feudales y señoriales empezó a desaparecer. Hubo una “revolución urbana”: la gente se trasladó rápidamente a las ciudades en formación; el comercio y la industria comenzaron a despertar; se desarrollaron nuevos tipos de vida; y surgió una clase media burguesa. Las ciudades desafiaron todas las convenciones medievales establecidas; también desafiaron a la Iglesia. A la gente empezó a interesarle hacer dinero. El grosero y medieval sentido primitivo de comunidad fue suplantado por un individualismo incipiente.

Paradójicamente, el mayor problema lo constituía el asumir que esta cultura era “cristiana”. La Iglesia estaba “establecida”, la jerarquía era rica y poderosa. Y aunque todo el mundo se

considerara “católico”, el nivel de compromiso religioso era escaso; aunque el clero fuera poderoso, también era enormemente corrupto.

La codicia y la ignorancia del clero son un tema constante en los escritos de la Edad Media. Tratados eruditos y canciones y cuentos populares hablaban del cura párroco que sabía únicamente un poco de latín como para poder mascullar las palabras de la Misa; de los sacerdotes que nunca predicaban; de los que eran tan avarientos que no administraban los sacramentos si no les pagaban.

Además de la codicia existía también algo de superstición. La conversión de las tribus y de los reinos, muchas veces habían tenido lugar gracias a una simple orden del rey o del jefe. Los antiguos santuarios de los dioses paganos se habían transformado en santuarios marianos o de santos cristianos. Pero la gente todavía visitaba estos santuarios con ideas paganas tales como las siguientes: “Si te enciendo esta vela, protegerás mis cosechas”, o “haré una ofrenda para agradecer tu ayuda”. Demasiado frecuentemente el nivel de la observancia cristiana era meramente formal. Fuera de la observancia de las fiestas y ceremonias cristianas la vida a menudo no lo era.

### **Movimientos de Reforma**

Pero el panorama no era absolutamente tan oscuro. A lo largo de toda la Edad Media existió una exigencia constante de reforma. Procedía de todas las clases de la sociedad. En el siglo X, los emperadores germanos intentaron reformar la Iglesia; en el XI, el movimiento religioso estuvo liderado por grupos monásticos tales como Cluny y luego el Císter. En el XII, la llamada y el dinamismo de la reforma provenían del laicado.

Los cambios en las condiciones sociales ayudaron a incentivar este movimiento laico de reforma. Las ciudades habían crecido; el comercio y la industria habían despertado. Surgió una demanda para que se profundizara la fe cristiana. Un ejemplo de esto se puede encontrar en la industria del hilado de lanas. Mientras los tejedores estaban sentados haciendo su trabajo, alguien les leía, habitualmente la Biblia. Entre lectura y lectura, los tejedores solían comentarlas. Muchos de ellos oían la Biblia por primera vez. Comparaban lo que la Biblia decía que debían hacer los cristianos con lo que éstos hacían; comparaban lo que el Nuevo Testamento decía que debían ser los predicadores del Evangelio, con lo que éstos eran.

Este movimiento de reforma tuvo efectos variados. En algunos casos conducía a la gente hacia una unión más profunda con la Iglesia, a trabajar dentro del cuerpo de la Iglesia para reformarla; en otros casos, los ahuyentaba de la Iglesia para proclamar un “Evangelio” en contra de la “Iglesia” corrupta y pecadora.

El movimiento de reforma laico no tuvo fundadores concretos; tampoco un programa concreto, excepto el regreso al Evangelio. Esta llamada a la simplicidad y a los valores evangélicos caló profundamente en la Edad Media, el hombre medieval sentía “nostalgia por el Sermón de la Montaña”, como lo ha expresado Ronald Knox.

### **“Orden de Penitencia”**

En aquella época se le daba generalmente al movimiento el nombre de “orden de Penitencia”. El “orden” expresaba la profunda preocupación que la sociedad medieval tenía por el orden que debe ser el fundamento de toda sociedad humana. Los miembros del movimiento se llamaban “penitentes”. Éste traspasó todas las fronteras y todas las clases sociales. Los penitentes aparecían en una región y luego reaparecían en otra. Ya fueran ortodoxos o heréticos, manifestaban su amarga crítica contra las “clases dirigentes” de la Iglesia: con los obispos que se ocupaban de política; los monjes holgazanes y codiciosos; los sacerdotes ignorantes y avaros. Su clamor en contra de este tipo de clero encontró eco en Roma donde el Papa Gregorio VII encabezaba un movimiento de reforma que iba a transformar la Iglesia. Las corrientes encontradas se ilustran vívidamente en el incidente de Ramihrad, un laico de Cambrai, en Francia. Se trataba de un “penitente” que predicaba contra la corrupción del clero local. En 1077 lo arrestaron y quemaron vivo por herejía, al mismo tiempo que en Roma el Papa abogaba por lo mismo que Ramihrad.

En este movimiento laico de reforma de los Penitentes se puede encontrar el origen de la Tercera Orden. Ésta proviene de un grupo revoltoso, piadoso, evangélico, y radical de hombres y mujeres que lamentaban la decadencia del clero y de los religiosos, y a quienes producía rechazo el formalismo y la superstición de los “cristianos” solamente de nombre; anhelaban llevar una vida verdaderamente evangélica.

Todos los grupos reformistas de la baja Edad Media han tenido alguna conexión con este movimiento. Los movimientos franciscano y dominicano tendrán relación estrecha con él. También de este grupo procederán todos los herejes del siglo XIII. Encontramos aquí una relación extremadamente compleja que examinaremos a continuación.

### **Terceras Órdenes**

Uno de los tipos de esta relación encuentra su ejemplo en el grupo llamado los *Humiliati*. Estos laicos vestían algo parecido a un “hábito”; pero su rasgo más importante era que insistían en su derecho a predicar. En 1184 fueron excomulgados por herejía. En 1201, el Papa Inocencio III reconcilió a una parte de este grupo con la Iglesia partiendo de una distinción: aquellos que predicaran deberían ordenarse y ser clérigos. Se convirtieron en la Orden clerical de los Humiliati. Los que permanecieran laicos entrarían a constituir la Orden laica de los Humiliati, dependientes de la Orden clerical: los laicos Humiliati han sido el primer grupo que recibió el nombre de “Tercera Orden”.

En la Orden Franciscana encontramos otro tipo de relación. En el pasado, a menudo se ha alegado que san Francisco fundó una Orden laica, y que de esta Orden surgió, con mucha pena del fundador, una orden clerical. El Padre Cajetan Esser, historiador franciscano contemporáneo, no está de acuerdo con esta teoría. Francisco fundó en primer lugar una orden clerical. Los franciscanos fueron “desde un comienzo una orden canónica, aunque ciertamente con rasgos y características nuevas”. Francisco fundó una orden para hombres quienes nunca tuvieron conciencia de constituir un movimiento laico ni tampoco, exclusivamente, una comunidad clerical, más bien una combinación de ambos. Pero esta *fraternitas* franciscana estuvo influida profundamente por el movimiento de reforma laico, con el que mantenía lazos estrechos. Alrededor del año 1221, Francisco decidió fundar un grupo de laicos asociados a su grupo original. Así se fundó la Tercera Orden Franciscana.

En este punto, es importante subrayar lo que las palabras “religioso” y “orden religiosa” significaban en el siglo XIII. En esa época profesar una regla determinada y vestir un hábito especial convertía a esa persona en “religiosa”. La ley canónica del momento sostenía que “son religiosos” aquellos que se someten a “una vida más difícil y santa”, en contraste con los que viven una vida completamente secular. El contraste se encontraba entre aquellos que vivían una vida “regular” –los que profesaban una regla (*regula*) y los que vivían una vida totalmente seglar. Según el sentido de la palabra, en el siglo XIII, los miembros de una “Tercera Orden” eran ciertamente *religiosos* y su asociación constituía una verdadera *orden religiosa*.

## **Los Dominicos**

Por fin llegamos a santo Domingo. En este caso y en un sentido, la relación es simple. Domingo fundó una orden religiosa clerical. Él mismo era clérigo, canónigo; fundó su orden basada en la Regla de san Agustín, regla para clérigos, por lo tanto, los miembros de esta orden eran clérigos. Pero la inspiración de su Orden, el espíritu de ella, eran los mismos que dieron forma al movimiento laico de reforma; el evangelio íntegro, un espíritu apostólico, y una pobreza evangélica. Ahora los objetivos del movimiento laico de reforma se aplicaban a los clérigos.

La Orden Dominicana captó el espíritu y el devenir de los tiempos. Atraía a los hombres de las clases medias de las ciudades y pueblos; atraía a los estudiantes de las universidades que habían crecido a la par de ellas. Se asociaba tanto a los Dominicos con esta clase de gente que, cuando Tomás de Aquino, vástago de una gran familia noble, quiso unirse a ellos, sus hermanos, durante un año, se lo impidieron. La familia de Aquino había decidido que Tomás sería benedictino, una orden digna de la nobleza; no querían permitir que rebajara su posición social ingresando a la Orden Dominica, una comunidad en la que no había nobles.

Desde un principio, la orientación Dominicana estaba dirigida hacia la gente de las ciudades, hacia los universitarios. Estas personas eran las más afectadas por el movimiento “penitente” y las más interesadas en él. Desde que aparecieron los Dominicos en sus ciudades, un gran número de laicos buscaba dirección espiritual y teológica en los Frailes Predicadores. Cuando los dominicos fueron a París y Bolonia, a Colonia y Barcelona, encontraron que la gente que los acogía eran los laicos, no el clero parroquial. Una y otra vez encontramos que los registros mencionan la fricción con el clero local; pero también señalan la aceptación afanosa del laicado en busca de ayuda para vivir una vida cristiana.

La relación entre los Dominicos, comunidad clerical, y el movimiento laico de reforma, lo constituye un deseo de ayuda mutua. Los Dominicos encuentran apoyo y ayuda material en los laicos; los laicos encuentran en los Dominicos directores y consejeros espirituales. Se pueden encontrar los orígenes de la “tercera orden” dominicana en la “asociación” de ambos grupos, los laicos asociados y afiliados a los frailes.

## **“Penitentes de Santo Domingo”**

Desde 1225, empezamos a oír mención de los “Penitentes de Sto. Domingo”. No siempre se puede juzgar con exactitud la profundidad y el alcance de la asociación de estos grupos con la

Orden de los Frailes Predicadores. Sin embargo, parece seguro que haya habido algún tipo de dependencia de los priores Dominicos locales. Humberto de Romans predicó un sermón a un grupo llamado los “Hermanos de la Penitencia”, obviamente un grupo importante de laicos aunque todavía no una “tercera Orden”. Un pequeño grupo de laicos ingresaron en una asociación cerrada asociada a la Orden: los “oblato”. Eran laicos que entregaban sus bienes a la Orden y vivían en el convento bajo obediencia religiosa.

La asociación de un grupo “penitente” con la Orden se ilustra con un incidente ocurrido en Perugia en 1260. Un santo ermitaño que vivía en esa localidad, de nombre Rainiero, estaba apenado por la lucha acerba entre las dos facciones de Güelfos y Gibelinos. Odios y derramamiento de sangre fueron la consecuencia de esta división. Rainiero empezó a predicar una cruzada de reconciliación que atrajo enormes multitudes. Decidió marchar hacia la ciudad seguido de una gran muchedumbre que cantaba himnos y cánticos espirituales.

Las autoridades civiles y religiosas de la ciudad, temiendo algún disturbio, dividieron a la multitud en grupos, indicando al primero que entrara en la ciudad por la puerta norte, un segundo grupo por la puerta sur, y un tercero por la occidental. Los grupos se identificaron con la iglesia más cercana a cada puerta respectiva. Por ese motivo se dio en llamarlos “Penitentes de San Agustín”, “Penitentes de San Francisco” y “Penitentes de Santo Domingo”.

### **Tercera Orden Dominicana**

En 1280, dos factores influyeron para lograr cierta regularización en estas relaciones. Ante todo, en 1280, muchos de estos grupos laicos penitentes fueron cayendo en la herejía. De la crítica a un sacerdote determinado fueron pasando a criticar a todo el sistema sacramental. “¿Por qué debemos pagar al sacerdote para que nos imparta los sacramentos?” La siguiente pregunta fue: “¿Por qué tenemos sacramentos? ¿Por qué no estar en contacto directo con Dios, sin sacerdotes ni sacramentos?”

La segunda razón fue que Munio de Zamora, Maestro General de los Dominicos en aquel tiempo, decidió que se debía imaginar una organización de algún tipo para esta gente. De acuerdo con esto, Munio de Zamora publicó una “Regla para los Penitentes de Santo Domingo”. Así fue la fundación, el origen de la Tercera Orden. Nació en 1285.

### **Regla Primitiva**

La Regla de Munio de Zamora estaba dividida en veintidós capítulos. Para ingresar en la Orden de Penitentes de Santo Domingo (leemos en uno de ellos) había que presentar un certificado que diera testimonio de la vida moral, buena reputación y fe ortodoxa del candidato. Según la Regla, los postulantes debían adquirir el celo de Domingo en la defensa y propagación de la Fe. Quedaba establecido el objetivo apostólico de la Orden; todas las prácticas penitenciales debían estar dirigidas hacia el apostolado. La Tercera Orden Dominicana nunca estuvo concebida como algo que hiciera que la salvación fuera más fácil ni que sometiera a las personas a determinadas costumbres u obligaciones. Desde el comienzo se decidió que fuera un apostolado en el mundo. La Regla de Zamora exigía que el postulante

cancelara todas sus deudas y se reconciliara con sus enemigos. El hábito consistía en una túnica blanca y negra de tela sencilla.

Para que un postulante fuera aceptado se requería que la mayoría de los que componían la Tercera Orden aprobaran su ingreso. Una vez aceptado, tenía prohibido marcharse, excepto para entrar en otra orden religiosa con votos solemnes. En otras palabras, no se podía marchar para ingresar en otra Tercera Orden o volver a la “vida secular”. La ceremonia de la profesión era un verdadero ingreso canónico en una Orden.

Existía la obligación de recitar el Oficio Divino, tanto como fuese posible. Los domingos y días de fiesta desde el 1 de noviembre hasta Pascua, los miembros de la Tercera Orden estaban obligados a rezar el oficio de la noche, Maitines a las 2 de la mañana. Había varias reglas severas sobre el ayuno y la abstinencia: ayunar todos los viernes y, por supuesto, las vísperas de todas las fiestas principales; no se admitía comer nada de carne excepto los domingos, martes y jueves. Los miembros debían abandonar todo lo que fuese mundano, banquetes, jolgorios (la palabra “jolgorio” se usaba básicamente para indicar “fiestas de bodas”), y bailes.

Los terciarios debían obediencia a sus directores hasta tal punto que no podían dejar la ciudad sin su permiso. Existían deberes hacia los miembros enfermos y obligación de ciertos sufragios.

Las faltas graves o escandalosas hacían posible la expulsión. El director del capítulo de la Tercera Orden era elegido por la Orden y nombrado en su cargo. El capítulo mismo elegía al prior o priora entre los miembros de mayor edad.

### **A. Segunda Tradición**

Ha existido una tradición algo divergente respecto del origen de la Tercera Orden. Esta tradición sostiene que la Tercera Orden evolucionó desde la “Milicia de Jesucristo”, grupo fundado directamente por Santo Domingo. La tradición descansa en una afirmación de Raimundo de Capua en el siglo XIV. Es la tradición repetida por Benedicto XV en su carta encíclica de 1920 dirigida a la Tercera Orden. Pero la tradición ha sido superada por la investigación histórica.

Ante todo, esta “Milicia de Jesucristo”, incluso si ha formado parte del movimiento penitente (no sabemos con exactitud si lo fue o no), estaba enfocada de manera diferente. Estaba constituida para la defensa militar de la Iglesia y de los miembros de la Iglesia en aquellas regiones en donde los herejes se hubieran hecho cargo de la administración de las ciudades. En esos casos, la “Milicia de Jesucristo”, organización “vigilante”, protegía las propiedades de la Iglesia y de los católicos. La finalidad de los penitentes, por otra parte, era ascética y evangélica.

En segundo lugar, tenemos documentos que prueban que la Milicia fue fundada por Fulco, obispo de Toulouse, amigo íntimo de santo Domingo. Pero ningún documento asocia a santo Domingo con su fundación. Parece muy probable que Raimundo llegara a la conclusión de que si el gran amigo de Domingo la fundó, Domingo debía haber tenido alguna relación con

ella. Pero no existe ninguna evidencia al efecto. El obispo de Toulouse ha sido el único fundador.

Más tarde los Dominicos asumieron alguna responsabilidad por la Milicia. Ésta fue oficialmente aprobada por el Papa Gregorio IX en 1233; dos años después, en una carta al Maestro General Dominicano, el Papa dio instrucciones a los Dominicos para que asumieran la dirección espiritual y la conducción de la “Milicia de Jesucristo”.

Los dominicos conocían el trabajo hecho por la “milicia de Jesucristo”, y en Italia del norte, los dominicos fundaron capítulos de la Milicia. Por ejemplo, el dominico Bartolomé de Vicenza fundó una Milicia en el norte de Italia. Allí nace la tradición. El retrato es un poco confuso. Pero ahora ha quedado bien demostrado que el origen de la Tercera Orden puede encontrarse en el movimiento de los “Penitentes” y no en la “Milicia de Jesucristo”.\*

---

\* La “Milicia de Jesucristo” ha revivido en nuestros días, especialmente en Francia; se ha intentado crear capítulos del instituto en este país. Los miembros de esta *Militia* han solicitado del Maestro General de la Orden Dominicana que los asocien con la Orden Dominicana pero el permiso les ha sido negado.

---

En 1285, Munio de Zamora concedió la Regla a la Tercera Orden. Esta acción le provocó la enemistad del Papa reinante, Nicolás IV. Este Papa había sido General de la Orden Franciscana. Tenía una opinión formada sobre qué había que hacer con el movimiento Penitente: que estos grupos se unieran a la Orden Franciscana. La decisión de Zamora de afiliar a un sector importante del movimiento penitente a los Dominicos le causó un efecto penoso. Esto, junto con otros motivos de rencor que parece haber tenido contra Zamora, determinó que en 1290, exigiera al Capítulo General Dominicano que removiera de su cargo al Maestro General. El Capítulo General se reunió y se negó a removerlo. Al año siguiente, 1291, el Papa Nicolás lo destituyó personalmente. Pero, para entonces, la Tercera Orden estaba firmemente establecida y sobrevivió.

## Historia Posterior

Los historiadores de la Orden han recalcado que la historia posterior de la Tercera Orden sigue el modelo de la Primera. Existe un florecimiento, una declinación, una reforma, otro florecimiento, declinación y reforma. Por ejemplo en 1316, el papa Juan XXII, en una carta, se queja de que los “terciarios” y “begardos”, en gran número, están cayendo en herejía. Pero luego añade: “Excluyo a los terciarios Dominicos cuya fe y docilidad a la Iglesia son irreprochables”.

En el siglo XIV, tanto la Tercera Orden como la Primera se encontraban en franca declinación y muy necesitados de reforma seria. Raimundo de Capua, que se convirtió en Maestro General en 1380, se quejaba de la falta de hombres en la Tercera Orden, y de que, por lo menos en el norte de Italia, estaba compuesta simplemente por un grupo de piadosas señoras mayores. A estos grupos se los llamaba las *Mantellata*. Las Mantellata no contaban con mujeres jóvenes, sólo viudas de edad madura. Por ejemplo, a Catalina de Siena le fue difícil romper esta élite religiosa para ingresar. Raimundo criticaba a las Mantellata, declarando que por muy piadosas que fueran, eran demasiado elitistas.



Mientras fue maestro General reformó la Primera Orden y aprobó el trabajo de otro Dominicano Fray Tomás Coffarini, para reformar la Tercera Orden. Fray Tomás comenzó en Venecia, predicaba a la Tercera Orden, la abrió a los hombres y mujeres, jóvenes o viejos. Raimundo escribió a Tomás para decirle que lo que estaba haciendo le complacía sobremanera porque honraba a la Beata Catalina, “mi madre”. Otro eminente fraile que ayudó a Coffarini a revivir la Tercera orden fue Juan Dominici, Prior Dominicano de Florencia y uno de los más grandes predicadores del siglo XIV. En 1405, en la bula *Apostolicae Sedis*, el Papa Inocencio VII aprobó canónicamente la Tercera Orden. En el siglo XIV, Vicente Ferrer predicó la Tercera Orden por toda Francia. En el siglo XVI, los misioneros dominicanos llevaron la Tercera Orden a sus misiones en Oriente: Japón, China e Indochina. Muchos de los mártires dominicos de esas regiones eran miembros de ella.

Pero una vez más, tal como ocurrió con la Primera Orden, sufrió una decadencia durante los siglos XVII y XVIII. En tiempos de la Revolución Francesa ambas órdenes la experimentaban. Después de la Revolución Francesa siguieron declinando. Los capítulos de la Tercera Orden en Francia pasaron a llamarse “sociedades parroquiales”. A mediados del siglo XIX, cuando el Padre Lacordaire renovó la Primera Orden, declaró que lo primero que había que hacer era renovar la Tercera Orden. Para subrayar esta renovación, en 1844, entregó el hábito Dominicano a cuatro jóvenes en la catedral de Notre Dame.

Las conclusiones que yo sacaré de esta breve historia son:

La Tercera Orden tiene su origen en el deseo del laicado de que su vida tuviera un estilo radicalmente distinto y evangélico. Encontró allí su origen y, me inclino a creer que continúa pensando que allí sigue la razón de su existir.

La Tercera Orden se asoció con la Orden de Predicadores porque encontró que el apostolado Dominicano y el espíritu de acción y contemplación Dominicanos eran también su propio objetivo.

3. La Tercera Orden es verdaderamente una Orden, *ordo*, y los Terciarios son verdaderamente *religiosos* en el sentido medieval del término. El sentido medieval del término es mucho más apropiado a las condiciones contemporáneas que las palabras de la ley canónica moderna.

La Tercera Orden requiere un programa claro de fines apostólicos para lograr un mayor florecimiento y productividad.

Todo a lo largo de mi exposición he hecho referencia a la Tercera Orden. Ahora se ha cambiado el nombre; se llama “Laicado Dominicano”. Creo que lo menos que puede decirse de esto es que se trata de una mala traducción, ya que altera el adjetivo y el sustantivo. Desde 1217 hasta 1285, el término “Laicado Dominicano” podría haber sido aceptable, pero la historia de nuestra Orden me lleva a la conclusión de que debería decirse “Laico Dominicano”. Sois miembros de la Orden por asociación histórica y profesión consciente. Recordad a los grupos conducidos por Rainiero el ermitaño: “Habéis entrado por la puerta de Santo Domingo”.

Traducido del texto original *History of the Dominican Laity* por D<sup>a</sup> Estela Sánchez-Viamonte, OP